

Picnic en el Pabellón W

—Sí ma', termino esta reu' rápido en el cafetín y voy para casa —bajaba las escaleras del tercer piso para dirigirme al lugar acordado—. No creo, pregúntale a papá o a Camilo en todo caso. Ya bueno, un abrazo, chau, chau.

El cielo, teñido por un púrpura casi azulado, alumbraba intermitentemente los pasadizos color hueso según este iba encontrando espacio libre entre salones. Al medio, los faroles de la facultad luchaban contra la oscuridad generando un manto amarillo que desembocó en un filtro sepia sobre las bancas y plantas, el árbol de la rotonda, los estudiantes que se suelen sentar a quemar lo que queda del día, los afiches y carteles desapercibidos, y yo misma. Me aproximé a la protuberancia arquitectónica que era la cafetería y pasé por la puerta de vidrio siempre abierta.

Miré a la izquierda. «Dios mío los precios» pensé. Quería comprar un postre para al menos aparentar tener algo que hacer si surgía alguna situación incómoda o lo que fuere. Había oído que los postres estaban bastante caros, pero nunca me tomé el tiempo de pensar lo que realmente significaba que un maldito pie de limón esté ocho soles. Bueno, es lo que es.

La vi sentada en una de las mesas altas de la esquina. Era Marisa. Creo que habló dos o tres veces por el chat del grupo; recordaba casi nunca haberla visto en clase. No había nadie más en la mesa con ella. Parecía ser alta y tener sueño. Tenía el pelo negro, negrísimo y largo amarrado en una media cola que llegaba como hasta los omoplatos. Se veía medio apática y con la mirada triste. Llevaba unos auriculares de tela con franjas rojas y negras. Miraba su plato con un *cheesecake* de maracuyá mientras jugaba con la cuchara. Intuí que no tenía mucha hambre.

—Hola, Marisa ¿verdad? —le dije mientras me sentaba al frente y colgaba mi bolso en el hombro de la silla— ¿Los demás aún no vienen?

Se percató de mi presencia con cierto retraso como si hubiera interferencia en su sistema nervioso. Levantó entonces la mirada, agotada, triste, pero siempre atenta.

—No te escuché —me dijo mientras se sacaba los auriculares medio enredados en su cabello, podía escuchar hasta mi sitio la canción que sonaba, parecía un grunge muy sucio—. ¿Tú también eres del grupo?

—Sí, soy Natalie, te preguntaba si alguien más había llegado.

—No, nadie.

Volvió su mirada al plato con su postre y con la ya gastada cuchara de metal tajaba pequeños pedacitos. Allí sentada puse mis manos entre mis piernas para agarrar calor y distraerme, pero no podía. Me empecé a sentir un poco inquieta. Sacudía mi pierna izquierda de arriba abajo apoyada en el reposa pies de la mesa. El mueble empezó a agitarse ligeramente.

Marisa soltó la cuchara y suspiró. El sonido del metal contra el vidrio me alertó.

—¿Puedes dejar de mover así la pierna en la mesa?

—¡Ah! Sí, lo siento.

Me di cuenta de que la empezaba a cagar con ella. Seguro cree que soy una pesada, maldita sea.

—Oye, y sabes si dijeron algo en el grupo.

—No sé, no creo —sacó su celular que seguía conectado a los auriculares y lo empezó a revisar—. No han escrito nada.

Empezó a sonar la cafetera, el olor del café molido de una bolsa recién abierta inundaba el lugar, eso me recordó un poco a casa, a papá le gusta mucho el café. Oía a mis espaldas como un tipo agradecía y preguntaba si se podía pagar con tarjeta. Los murmullos de la gente se volvían más intensos, el veloz tecleo de alguna laptop se volvía percusión arrítmica, la canción que salía de los auriculares de Marisa se esclarecía. Dios mío.

Saqué mi celular y agaché la mirada doblando mi cuello. Odiaba hacer eso, pero qué más podía hacer en esa situación. Abrí cualquier aplicación, vi mensajes sin la mínima intención de responder, contesté a una amiga que siempre me escribe cualquier mínima cosa que le ocurre, buscaba una zona de confort dentro de aquella inalterable situación.

Levante un poco la mirada y me percaté de que Marisa me estaba mirando ¿y si quiere decir algo? Seguro no es nada. Dudé en hablarle, pero lo hice.

—¿Pasó algo?

Hablé demasiado bajo.

—No, nada —dijo mientras levantaba ligeramente su cabeza que había estado apoyada en su puño, como aquella típica pose del pensador. Se volvió a apoyar y bajó la mirada como examinándome.

Yo llevaba una blusa camisera blanca con una casaca larga de corduroy guinda, era un color desgastado por el tiempo y estaba claramente lleno de pelos blancos de mi gata. Abajo tenía un jean oscuro de basta tubular que remangaba para que se vean mis medias blancas con estrellas negras. Seguro Marisa está viendo mis medias de estrellas a través de la mesa de vidrio. O pensará que mis zapatos negros están sin lustrar, o que son de cuero y que soy una inconsciente de las condiciones de los animales en las granjas, pero son de cuero sintético, lo juro. En ese momento noté que casi ni había comido nada de su *cheesecake*.

—Oye, ¿no te gusta el *cheesecake*?

Hizo como un gesto que no entendí si era una risa o un simple tic.

—Sí me gusta, pero este no sé, como que no me apetece.

—¿Tan feo está?

—No, pero está muy caro ¿sabes? Todo en esta maldita universidad está caro. En especial lo que realmente necesitamos. Son unos pendejos. Eso como que me quita el apetito.

—Bueno, sí pues, pero ese es el negocio y supongo que ganarán bien o algo ¿no?

—Sí claro —me dijo con una irónica y cansada voz mientras inclinaba un poco la cabeza a la izquierda—. Por eso afuera están los viejos reclamando su pensión.

No sabía qué responder. Sabía de lo que hablaba, pero no entendía qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Ya sabes, tampoco culpo a los directivos —prosiguió—. Supongo que si me hubiera tocado nacer y estar allí tomaría decisiones similares o peores —y tiró los dedos de la mano derecha para atrás—.

—Yo creo que, a lo mejor, hacer las cosas diferente podría ser más conveniente.

Marisa sopló fuerte por la nariz, como esa típica media risa que se siente al ver un meme que entiendes, pero tampoco es la gran cosa.

—Te salió una rima, qué chistoso —me dijo con una cara seria—. Sí, seguro tienes razón, igual pensar en las miles de cosas que puede hacer la gente no tiene mucho sentido. Por ejemplo, nosotras podríamos no estar acá como cojudas esperando.

—Claro —no me pareció vulgar la manera que hablaba, era más como ocurrente—. Me voy a fijar si han escrito.

Saqué mi teléfono y entré al chat del grupo. La grasosa pantalla que marcaba cada uno de los trazos que hiciera con mis dedos no me dejaba ver bien así que subí ligeramente el brillo. Noté también que en el borde de la carcasa se había acumulado el polvo, la cochinada y seguro restos de alguna comida. Pensé en limpiarla ahí mismo para no olvidarme, pero decidí dejarlo para luego. «Chicos, tengo una urgencia en casa y me regresé temprano. Me escriben cualquier cosa y avisan de lo que haremos mañana porfa» había escrito José Daniel al grupo y mandó un *sticker* de un gato negro

con los ojos bien abiertos y un *crocs* en la cabeza. Genial, lo que faltaba. Escuché el crujir de la cuchara con el plato, levanté la mirada y Marisa se estaba llevando un pedazo relativamente grande de su postre a la boca.

—Dice José Daniel que no podrá venir, que se fue a su casa —pero antes que pudiera seguir Marisa me interrumpió.

—Qué idiota.

—No, pero, dice que tiene una urgencia en casa.

—¿Y en serio le creíste? Esa excusa la llevo escuchando por dos años desde que entré acá, hasta yo la he dicho cuando en realidad estaba en cómputo durmiendo o fumando en la salida del estacionamiento. Ese huevón debe de estar con la bola de idiotas de sus amigos en Plaza o pastos.

—Bueno, no sé si tenga motivos para mentir.

—Claro que lo tiene, apellida Calderón ¿no? Estudié con él hace un año, era mi tercer ciclo y creo que él era cachimbo y me tocó meterlo a mi grupo. El profe era medio jodido y estaba intentado caerle bien porque el curso se veía interesante.

—¿Qué curso era?

—Realidad social me parece. Ya ni me acuerdo. Falté toda la segunda mitad —dijo mientras se rascaba el nexo entre el cuero cabelludo y la frente. Parece que se dio cuenta de algo y cambió ligera pero perceptiblemente su expresión—. En fin, que era un huevonazo que nunca trabajó y como no queríamos jalar una chica y yo nos tiramos todo el trabajo al hombro. De todas maneras, otra chica, Valery Puentes me parece, tampoco hizo nada. Y terminamos entregando un trabajo de cuatro nombres con la mano de dos.

—Que horrible.

—Sí, de saber que este curso tenía trabajos en grupo y que encima el profesor nos iba a juntar por azar me metía a cualquier otro del bloque — y cortó otra tajada de su dulce comida.

—Hasta ahora no me he topado con gente así por suerte. Todos trabajaban, medio mal a veces, pero tenían voluntad de participar.

—¿Qué ciclo vas?

—Segundo.

—Ya tendrás tiempo de sufrir.

Ya había oído antes lo que me decía. Mis primos mayores decían que siempre es mejor valérselas por un mismo en los cursos.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté casi por inercia.

—Veintiuno.

—¿En serio? No parece, yo tengo diecisiete, creí que tenías mi edad.

—Sí, me lo dicen a menudo.

—Ojalá ser así_—dije como hablando más para mí misma—. Verme siempre de esta edad. Que el tiempo no pase. Quedarme acá, en la universidad, para siempre.

—¿Por qué? Si este lugar es una mierda. Daría todo por irme de una vez.

—Es que acá todo es más simple. Además, a mí me parece bonito.

—Eso lo dices y piensas porque estás en segundo ciclo. Literalmente nadie que lleve más de dos años acá piensa así. La gente viene, atiende a medias y se va, nadie quiere estar acá, no es muy diferente eso del trabajo. Si tienen suerte de hacer un par de amigos deben mantener esas relaciones por el terror de andar solos y aburridos, al final, solo sostienen esa frágil ficción porque una vez dada cuerda, salirse es más complicado. Cuántos reprimidos habrá por allí metidos en algún grupo donde

seguro no encajan en realidad. En cualquier caso, si les sirve, bien por ellos, así funciona el mundo de todas formas.

—Bueno, nunca lo había visto de esa manera. Tengo un par de conocidos, no sé si amigos. Pero no me caen mal. No sé si la vida de la gente sea así de triste. Al menos no de la mayoría.

Marisa se acomodó en su asiento mientras suspiraba, entonces cruzó las piernas. Su pantalón negro de tela quedó con la rodilla casi rozando con la mesa de vidrio. Estaba sacudiendo un poco su pierna izquierda que quedaba por encima, su botín con punta de jebe blanco se tambaleaba como la pierna derecha lo hacía. Era cuasi hipnótico ver como su movimiento que sigue las directrices del ocho se dibujaba materialmente.

—Todos viven en silenciosa desesperación —me lo dijo en voz baja, como haciendo una mueca con el costado de su boca. Movi6 su brazo, que estaba apoyado sobre la mesa hacia su hombro, y formó una flecha que apuntaba al techo—. Pero es mejor darte cuenta de que cada que conoces a alguien, en el fondo, está en la misma situación. Supongo que a eso se refieren con la empatía.

No sabía que Marisa tuviera esa clase de perspectiva. Aunque, en cierto modo, es una bonita manera de entender la vida. Por un momento creí que me estaba floreando. «Curioso los tipos de personas que una se topa en la universidad» pensé.

Me quedé sin respuesta. Estaba en blanco.

—Igual no le des mucha importancia —y me estiró su brazo para luego hacer un barrido con la mano. Su mirada cambió a una un tanto maternal, supongo que creyó que me había bajado la moral—. Son mierdas que a veces pienso y ya.

—No, no, o sea, no estoy así por lo que dijiste —en realidad sí, era por lo que dijo—. Es solamente que me recordaste de alguien, nada más —en parte era verdad, seguro le hubiera caído bien a Fernando, pero en ese momento él era la última persona que se me hubiera venido a la mente—. Me voy a fijar si alguien más ha escrito.

El cielo ya estaba completamente oscuro. Todavía, cercano a los edificios que cubren el horizonte, se podía divisar esa estrella; esa que sale al atardecer y es como el destello más resplandeciente del cielo limeño; esa que prestarle atención no cuesta nada, pero brinda demasiado.

Cada que la miraba cambiaba de forma, a veces parecía una estrella de doce, seis, cuatro, dieciséis puntas. Por su lado, la luna, redonda, blanca, en el cielo posicionada como el sol que quema la tierra a las doce del mediodía alumbraba la noche. Seguramente si hubiera un apagón nos bastaría la luz de la luna para diferenciar las siluetas caminantes, los charcos de suciedad en el piso, los edificios rodeados de naturaleza, las hojas secas que caen cortadas por el viento, y demás detalles que no se perciben, pero están allí. Los estudiantes seguro podrían ir a los espacios más recónditos a joder con mayor tranquilidad. Eso estaría bien, supuse.

Entraba aire por la puerta, fuerte, pero llegaba ligero a mi nuca, como si el viento posara su mano fría. Cada tanto, un fuerte viento hacía chocar las ramas secas más altas. Era como el sonido de una cascabel, pero lenta y como si cada uno de los golpeteos tuviera su propio *delay* que le brindaba profundidad. Ahora olía a nada, lo neutro del aire se me hizo muy presente en aquel momento. Un ruidoso grupito que estaba en uno de los sillones marmoleados de atrás se fue y el vacío que dejó su silencio se intensificó.

Entre tanto, yo había sacado mi celular y revisé el chat. «Oigan. No creo que. Llegué. Tenía otra reunión y, si no voy, me votan. Perdón, chicos» escribió Mathias, seguramente apurado. «*Sorry* amigos, no podré atender hoy día a la reu'. Tengo que salvar narrativa y terminar un análisis del ceremonial» nos avisó Isabel y mandó un *sticker* de un cachorrito color arena detrás de una reja. Oficialmente todos en el grupo habían cancelado, solo quedábamos Marisa y yo.

—Oye, Mathias dice que tiene otro trabajo grupal y que no podrá venir.

—Bueno, no me sorprende la verdad —me dijo y bajó la mirada para revisar su celular. Era la primera vez que lo hacía en la noche. Me pareció impresionante que no necesitara de esa escapatoria—. ¿Y la otra chica? El grupo era de cinco ¿no?

—Isabel dice que tiene que terminar con un análisis de Narrativa para asegurar nota.

Marisa suspiró rápidamente.

—Encima falta para hacer esa cosa —era la primera vez que la notaba así de molesta en la noche, me dio algo de miedo. Chistó e inmediatamente cortó lo que iba a decir, había desviado la mirada hacia la pared de losetas de madera—. Al menos hubiera faltado por un curso de verdad.

—¿Tan relajado es ese curso? O sea, me sonaba que era leer cuentos y eso ¿no?

—No lo digo por el curso.

—¿Entonces?

—Bueno, es un curso sobre literatura ¿sabes? Y honestamente todo eso me parece una mierda.

Me impactó lo que me dijo. Pero en parte tenía mucha curiosidad por lo que me fuera a decir.

—¿El curso?

—No, oye, el curso no tiene nada que ver. Hablo de la literatura, literatura. Los textos literarios escritos —tenía un tono de habla más pausado y dando énfasis cada cierta cantidad de palabras. Ella tenía los ojos más abiertos, se estaba emocionando.

—Pero estás en una carrera de letras —hice una ligera pausa para pensar antes de mandarme una cagada—. ¿No se supone que te debe gustar leer y eso?

—Me puede gustar la música y no por eso escucho lo que sea que salga en la radio o los *Billboards*. Hay libros y libros. Las ciencias sociales, política, historia, hasta filosofía son en cierto modo “útiles” al entendimiento del mundo, pero ¿y la literatura qué?

No sabía si ella esperara que le contestara, pero me contagió esa emoción de la charla. Sin embargo, creo que le interrumpí su monólogo.

—Bueno, no sé, seguro es más que nada entretenimiento. Aun así, considerando que tiene el valor que tiene ahora esas obras dudo que haya sido algo que surgió de la nada o que sea totalmente inútil.

—Claro —me respondió más fuerte y con un tono sarcástico mucho menos sutil que antes—. Porque siempre valoramos las cosas que más valen la pena ¿no? ¿Cierto que es bien nutritivo el pollo marinado con oro y en aderezo de activos?

—No es lo mismo —respondí tercamente por quedarme sin ideas para argumentar. En el fondo, yo sabía que algo de lo que dijo no cuadraba.

—Sí lo es —me dijo acercando su cabeza y sobreflotaban algunas de las puntas de sus cabellos en el *cheesecake*—. Mira, ponte a pensar por un segundo. No hay peor confirmación para el ego de una persona que decirle que «oye escribes bien». Hacer eso significa tratarlo como si fuera la gran cagada —entonces se recostó en el respaldo de su silla alta mientras cruzaba los brazos—.

Poetas, cuentistas, novelistas y demás cabrones cuya única habilidad notable es la de dominar el lenguaje que, para su suerte, es la manera que tenemos para comunicarnos. Encima ganan bien por eso ¿no te jode? Y para concha sus reuniones entre escritores son como la competencia más masculina-fálica posible, llevan sus textos y entre todos se lo comparan a ver quién lo tiene más grande. Solo por ahí las escritoras me caen menos mal, no son tan soberbias —e hizo una ligera pausa para tomar algo de aire—. Aunque de igual manera terminan cayendo en el mismo juego —agarró la cuchara de su plato y empezó a jugar con las migajas de la masa—. Puedes ir y decirle a una persona que dibuja bien, que baila bonito e inclusive que es buena componiendo música, pero decirle que escribió algo y que te pareció bueno es el peor acto de lamida de botas que se puede hacer. Te colocas un eslabón abajo de esa persona que, seguramente, demostrará una falsa humildad de mierda. Qué asco.

Tuve diferentes reacciones ante su corto monólogo. Tal vez si hubiera tenido más confianza la hubiera puteado o aplaudido, pero simplemente me limité a querer averiguar más. Sabía que tal vez la podía incomodar, pero tampoco lo vi inadecuado para la situación.

—¿Por qué tanto odio a la literatura?

—Literalmente te acabo de explicar condensadamente todo —me miró con una ligera decepción—. Aunque suena más a un problema con los escritores, pero da igual. Eso se traslada también a todo lo que tenga que ver con la literatura.

—Es que, eso me suena más a malas experiencias que a una crítica real.

—Seguramente.

—¿Entonces te pasó algo con la escritura?

—¿Sabes qué? Ese tema siempre me pone de muy mala leche. Dejémoslo ahí, más bien ya no va a venir nadie y estamos acá como taradas perdiendo el tiempo.

—Sí, pero mañana es la expo' y no tenemos otra fecha para hacer. Era hoy o nunca.

—No pienso cargarme el trabajo al hombro otra vez —dijo y empezó a comer su postre que nos había hecho de espectador toda la noche.

Los faroles colgantes del techo tenían forma de copa invertida. Una que llevaba luz en su interior de la cual cada quien bebe. Era cáliz luminoso cuyo vientre amarillo particular alumbraba

justo encima de nuestra mesa. Las sombras proyectadas por nuestro cuerpo eran cubiertas por otros mantos luminosos y entre tanto manto pareciera que no había espacio a la oscuridad en aquel bastante solitario cafetín. Volteé la mirada al gran ventanal que da paso al centro de la facultad. Los faroles apenas alumbraban con fuerza y la débil luz daba una ilusión de somnolencia onírica, como si fuera un sueño lo que pasara afuera. Por el contrario, la lucidez que brinda un espacio bien iluminado contrastaba fuertemente. En lo que miraba atontada, ni me percaté que Marisa se terminó su *cheesecake*. Nunca supe si estuvo rico o no valió la pena el precio.

«Ojalá la profesora se haya atrasado» pensé no bien llegaba al salón, iba un poco tarde. Al pasar la puerta de madera buscaba con la mirada a mis compañeros de grupo, pero no vi a nadie, ni Marisa, Mathias, Jose Daniel o Isabel. Mientras buscaba un asiento vacío entre las bancas triples traté de convencerme de que llegarían pronto, o tal vez tarde. Puede que Isabel haya terminado con tiempo su análisis y haya preparado la presentación, o que Marisa con su experiencia se haya apiadado de nosotros por lo que hablamos ayer, hasta José Daniel se podría haber tomado el tiempo de hacer un mínimo para fingir que ayer nos tomáramos más de cinco minutos en hacer lo que debimos haber hecho. Yo sabía que podía encargarme de todo, pero tal vez Marisa creería que no aprendí nada de su cátedra. Mi pie, apoyado en el fierro de la extrema izquierda de la banca donde me había sentado, agitaba apresuradamente el talón en perpendicular a mi punto de apoyo. Mientras me mordía las uñas me entró un sabor amargo, no me había lavado las manos, sentí asco y me limpié la lengua con mi manga, la cual seguramente estaba igual de sucia. Cuando ya íbamos más de la mitad de la clase estaba dibujando en mi cuaderno. «Grupo siete, les toca exponer hoy» dijo la profesora. Me exalté. «¿Grupo siete? ¿Quiénes son del grupo siete? Apúrense que es una cosa rápida, recuerden que no es más de diez minutos» decía mientras me buscaba con la mirada. Cuando hicimos contacto visual, abrió un poco más los ojos y me llamó con las manos.

—Sí profesora, yo soy del grupo siete —dije mientras me acercaba a su escritorio.

—Sí, ¿tú eres? Natalia ¿no? —ella estaba agachada viendo la computadora mientras cerraba sesión en el sistema. Entonces me volteó a ver—. ¿Y el resto?

—¡Ah! Sí sobre eso. José Daniel y Mathias se enfermaron y dijeron que no vendrían. Pero sí participaron en los *zooms* que hicimos para la presentación —traté de no hacer contacto visual con la

profesora, pero por instantes podía notar su expresión incrédula. En parte fue mi culpa. Arrastraba mucho las conjunciones y dejaba demasiadas pausas, nunca he sido buena mintiendo—. Isabel tuvo una urgencia hoy en la mañana, algo con una diarrea horrible con su perrito, y es como su soporte emocional o algo así. Igual su parte me la sé yo así que le dije que no había problema, que podía llevar a su perrito al veterinario. Eh, de todas maneras, Marisa sí debería estar viniendo, no sé si se levantó tarde o si el bus en el que venía se malogró, pero en cualquier momento viene.

«Pero que excusa más de mierda» era lo único que repetía en bucle en mi cabeza. No recuerdo bien la respuesta de la profesora por la palta que estaba pasando, aun así, se notaba demasiado que no me creyó ni una palabra de lo que dije. Intuyo que creyó que era una víctima de un grupo que me usó como chivo expiatorio, así que disimuló un poco sus palabras. Ojalá los profesores pudieran regalar nota.

—Mira, la siguiente semana son parciales así que mucho no podemos hacer —me miró he hizo un poco más prolongada la pausa—. Ya veremos si hay tiempo después, por la semana diez u once. Igual la nota no será la misma y tendrá que hacerlo en diez minutos o menos, ¿está bien?

—Sí profesora, muchas gracias. Lo siento

Mientras me alejaba la profesora dio la indicación de terminar la clase. Poco a poco algunos se pararon y alistaban sus cosas. Otros se quedaban conversando, jugando, haciendo un ligero bochinche similar al de los salones de secundaria. Yo me sentía muy avergonzada y como una mierda con la profesora. Genial, había quedado mal y encima no había nadie más para culpar y sentirme nada mejor. Llegué a mi sitio a guardar mis cosas. Miré mi teléfono con las manchas de grasa en la pantalla. Lo agarré y escribí al grupo:

«Chicos son la cagada».